



Himno á la Alegría

¡ Basta de vacilar ! ¡ Basta de dudas !
¡ Abrámonos al beso de la vida
como las anchas flores, como al rico
misterio de la luz los templos griegos !



Llenemos la extensión de las praderas
y la fresca amena de los bosques ;
coronemos los cerros y las altas
montañas ; á la vera de los ríos
y á espalda de las rocas discurremos,
contándonos los unos á los otros
el gran descubrimiento que acabamos
de hacer ; nuestra alegría ! — la doncella
que, en las edades medias, perseguida
de los negros gigantes, adoraron
Palmerines, Rolandos y Amadisés !



Ya está aquí ; ya nos ama ; ya sonrío
en sus ojos la aurora ; ya sus manos

deshojan frescas rosas sin espinas ;
habla con voz de risas y derrama
como lluvia de notas sus acentos.



¡ Alegría ! ¡ Alegría !
¡ Siete veces bendita de los buenos !
¡ Que los hombres te adoren y que acudan
á pedirte hermosura las mujeres !



A tus plantas estamos, anhelantes
bañándonos en ti, y, ansiosamente,
deseando bañarnos sin descanso ;
como en el fondo de la enorme grieta
las briznas de la yerba, que reciben
la espuma, rica en luz, de las cascadas.



¡ Alegría ! ¡ Alegría !
Acudimos á ti, como la joven
de mejillas de púrpura, que ríe
extendiendo debajo de los árboles
la recogida falda en que su amado
le arroja blandas uvas y granadas
sangrientas.



¡ Alegría ! te esperamos
como una comunión con que la Vida
habrá de inculársenos á todos !



Hija de la esperanza, compañera
de la seguridad, amable amiga
de Pan fecundo y del poeta Baco,
haz brillar sobre todas nuestras frentes
tu corona de azules campanillas ;
sobre todas las tumbas pasa, echando
la espuma de tu copa que produce
brillantes siemprevivas, y en el fondo
de todos los arroyos y en la lumbre
de todas las pupilas, salta y bulle,
música de las cosas, alma eterna
de un mundo siempre joven.



¡ Alegría !
como la niebla azul que de los ríos
sube á darles frescura á las montañas,
como el húmedo aliento de los musgos
que perfuma las hojas de los robles,
sube tú, desde el pueblo, hasta el retiro
de los graves filósofos ; penetra
en la mansión del sacerdote y cuaja
de sonrisas los sueños del artista.



¡ Despósate con todos ! ¡ corre en alas
de la música ! ¡ vibra en las estrofas !
¡ late sobre las telas y remueve
la gran serenidad de las estatuas !



¡ De ti venimos y animosamente
á ti nos dirigimos, Alegría !



¡Que, como en torno de una hoguera, el mundo
 dé en torno tuyo vueltas! ¡Que reúna
 tu inmenso resplandor á los humanos
 como el sol, padre de la luz, reúne
 en gigantesco ramo á las estrellas!



La Canción de las Olas

¡ Hermanas! Somos las ardientes hijas
 del entusiasmo: la canción que brota
 de nuestros pechos, agitados siempre,
 es la canción de las eternas luchas,
 de la eterna Labor! — De noche, hirviendo
 entre el silencio de los quietos mundos
 proseguimos la férvida tarea
 que los rayos del Sol nos confiaron.



Mecemos, como madres cariñosas
 el nido de los hombres y su pecho
 con nuestra fresca brisa contortamos.
 En los comienzos de la Vida, fuimos
 las amantes del Sol, las fervorosas
 enamoradas de la luz y abrimos
 las entrañas de espuma, para hacerla
 lugar entre nosotras. — La encerramos,
 germen de vida, en nuestras grandes almas
 y, fecundadas, como ardiente coro

de esquilina tragedia que pronuncia
una canción, como cincel de artista
dando vida á los mármoles dormidos,
engendramos la Venus gigantesca,
la inmensa Tierra, con sus blandos miembros
de inmaculada nieve, con su frente
por donde ruedan luminosos rayos
y gotas de rocío; con sus bosques
para abrirla; con su manto obscuro,
con las hondas arterias de sus ríos
y los abiertos ojos de sus lagos!



¡ Tierra, Venus, morada de los hombres
y de los dioses necesaria cuna!
¡ Tierra, con nuestros brazos te ceñimos
y en nuestro seno inmenso te llevamos!
Escucha, Tierra, la canción que brota
de nuestra lira azul; oye las voces
que te aconsejan movimiento eterno
constante libertad, lucha continua
contigo misma y con los otros astros!



Como hilera de jóvenes doncellas
que hacen correr de mano en mano el jarro
recién colmado en la secreta fuente
del agua cristalina, así nosotras,
bajo la verde túnica desnudas
gustamos de arrojarnos á los pechos
chorros de espuma que, de mano en mano,
hacemos avanzar hasta la tierra,

donde los sorben las arenas frías
con un dulce crujido.



Así nosotras
aplacamos la sed de los desiertos
con nuestra propia sangre, así nutrimos
las delicadas fibras de los musgos,
y las hondas raíces de los troncos.



Somos, cantando en torno de la tierra
como ideas en torno de un cerebro
que, á un tiempo, le dan vida y la reciben
de sus hirvientes células. Unimos,
como una melodía interminable,
la rígida cadencia de los Polos
á la música blanda y luminosa
de la sagrada Italia, el recogido
compás del himno griego á las dolientes
quejas del musulmán, el Asia llena
de visiones de Dios á las pobladas
costas de Europa donde Dios ha muerto.



¡ Todo lo comprendemos! Todo junto
en nuestro abierto espíritu se encierra.
Y no nos agotamos! — Todavía
han de llegar ¡ oh Tierra! á tus arenas
olas que están formándose en regiones
de nadie conocidas; olas grandes,
pobladas de misterios, como aquellas

sobre las cuales se movía el soplo
de la Divinidad!



¡ Cantad, Hermanas!
¡ Cantadlo todo, al fecundarlo todo!
¡ Sed blancas en la playa; plateadas
bajo la luz del Sol; rojas bebiendo
la sangre fervorosa del ocaso!
¡ Sed verdes, como el campo que produce
y azules, como el cielo que promete!



Oración de Eva

Y he aquí, Señor, que irremisiblemente
yo habré de ser quien el dintel traspase;
con ansia ardiente de emociones nuevas
hierva mi sangre. —

Lentas las noches para mi se pasan
en la pasión de los anhelos grandes,
mientras la duda y el deseo riñen
duros combates. —

Señor, lo siento en mi conciencia escrito
y me lo ha dicho la serpiente madre,
y, en todas partes al entrar, lo veo
por todas partes.

Como semilla de invisible arbusto,
cayó en mi pecho y lo abonó mi sangre,
y lentamente sobre mí se ha erguido
amenazándome. —

Señor, no tengo libertad: un solo
y único anhelo en mis entrañas late;
hollar el musgo de caminos nuevos:
— ¡ déjame hollarle!

Todos los hilos de mis pobres nervios,
todas las fibras de mi pobre carne,
de un gran placer desconocido sienten
el acicate.

¡ Ay, los que un día, al conocer mi historia,
tendáis el brazo y pretendáis juzgarme !
¡ Ay, si tan sólo de sentir mis ansias
fuerais capaces !

Señor, yo doblo sin dolor la frente
y me abandono á la corriente fácil
¡ cúmplase en mí tu voluntad y el vino
llene mi cáliz !

Toda yo entrego mi existencia toda
al fuego intenso que en mis venas arde ;
cumpló el mandato universal, y pruebo
todos los árboles !

Pequeñas flores de los huertos, oigo
vuestras palabras y descendo al valle ;
y allí, cantando, vuestra voz repiten
todas las aves ;

Sé por los ríos la misión que tengo,
y la he leído en los abiertos mares
y en las montañas y en la luz que hirviendo
cruza los aires.

¿ Cómo del mundo tentador salirme ?
¿ Cómo al mandato universal negarme ?
No : pobre monstruo de mirada triste,
serpiente madre ;

no, arbustos verdes ; resonantes ríos,
briznas de yerba y vibraciones de aire
en vuestros brazos sin dolor me rindo ;
cese el combate.

Redondos senos, codiciado fruto
del árbol vivo de mi propia carne ;
labios ardientes de color de fuego
garganta suave ;

Abandonaos al latido interno
que dulcemente palpar os hace ;
y del esposo en los abiertos brazos
vibrad triunfantes.

¡ Cúmplase en mí la voluntad del mundo !
— Y así mis hijos mi recuerdo guarden ;
y así jamás á su destino propio
quieran negarse !

No! — Que te adoren, que te escuchen siempre ;
que no les duela el sacrificio grande ;
que el enervante paraíso dejen
por imitarme !

No! — Que á tus voces con fervor atiendan
Sibila fiel, Naturaleza grave,
humilde monstruo de pupilas hondas,
serpiente madre !





A las Montañas

ORACIÓN

A vosotras me vuelvo, con el alma
sedienta de reposo, inalterables
guardianes de los campos, gigantescos
templos, donde los árboles offician
y el agua de las lluvias se conserva
sobre el redondo caliz de las rocas;
montañas de la tierra; seculares
y lejanas esposas de los mares:

Todo es tranquilidad en vuestro seno;
concordia todo y armonía; — El agua
brotada de entre los musgos y se tiende
sobre las blancas piedras, como cuerpo
de desnuda mujer sobre jazmines,
y, prevenidos á gozarla, inclinan
su frente los arbustos y traviesos
mueven las ramas y la piden besos.

Los delicados musgos se repliegan
sobre el pulido seno de las rocas
y abren sus diminutos laberintos
al lento caminar de los insectos;
Las grutas como templos de druidas,
como cerebro sin ideas, niegan
al sol la entrada y, hondas madrigueras,
conciben, entre nieblas, á las fieras.

Ni os faltan los abismos donde gimen
por la noche los vientos, como ideas
en lo interior del alma; donde brillan
al resplandor del sol flores azules
y espuma de cascadas, como ardientes
canciones en los labios del poeta;
como en los claros horizontes griegos
ninfas y dioses en alegres juegos!

Hermanas del Tabor, montañas viejas
dadme que nada encuentre en mis entrañas
contradicción; que, como hacéis vosotras,
todo lo adore y lo comprenda todo;
que sobre todo arroje la gran sombra
de mi serenidad; que tenga abismos
donde ninguno logre entrar y cumbres
abiertas á las amplias muchedumbres!

Hijas del Sinaí, montañas grandes,
haced que en mi interior arda la llama
y resuene el clarín de lo Infinito,
sin que nadie se acerque á perturbarme

ni á distraerme de él ; que mis arbustos,
y mis árboles verdes y mis yerbas
y toda la riqueza, en mí escondida,
tan solamente á mí deba su vida !



Montañas llenas de calor interno,
chorreando de savia y de frescura,
pletóricas de Vida ; que mis cantos
el roncó son de vuestros aires guarden,
y que el Sol los bautice y que las piedras
les den su consistencia y que á los cielos
se lancen, como el águila, que ha hundido
en vuestras nieves su caliente nido !



Seréis, montañas, como el lecho inmóvil
en donde nazca, nieta de las fieras,
la humanidad que ha de venir : mujeres
de senos como mármol, y hombres fuertes
como tronco de cedro ; y todos sanos,
todos viviendo en desnudez tranquila,
todos clavando en todo la mirada,
sin odio á nadie y sin temor por nada.



Y sois como promesa de victoria
montañas, llenas de verdor constante ;
sois la serenidad en la contienda ;
las primeras sonrisas que la Tierra
echa sobre los náufragos ; la ronca

voz que lo afirma todo ; el faro eterno
contra la eterna tempestad ; la Vida
que sobre los sepulcros se levanta,
y mitiga los negros desengaños
con un ruido de esquila de rebaños !





La Canción de la Sangre

Señora, Diosa mía, que tu boca
pronuncie los oráculos sagrados:
yo estoy aquí; yo siempre estoy dispuesta
á obedecer tus mandamientos:

Somos
tú la razón, señora; yo la sangre.
Tú el Universo y más que el Universo;
yo el hombre puesto á tu servicio. —

Tiende
sobre toda la tierra tus miradas
y deséalo todo; los destinos
de las terrestres criaturas fija;
enmienda á tu manera las enormes
siluetas de las cosas; resucita
lo que está muerto ya; toma de todos
lo que te agrada y sobre todos echa
la espuma que rebosa de tu vaso:
Razón, diosa Razón, Señora mía,
bien sabes tú que tu dominio es grande

porque yo soy inagotable. Callas,
no hablas nunca de mí, tienes sonrisas
de un desdén orgulloso para el cuerpo,
no me adoras tal vez, pero, en el fondo,
cuentas conmigo; sobre mí te apoyas
como el navío de timón seguro
sobre las redondeces abundosas
de las olas cambiantes.

Oh Señora!
oh majestad! oh lengua del Espíritu!
Tú eres la Ley que lo gobierna todo;
yo soy la Libertad que en todo vive;
tú la imagen de Dios; yo la suprema
voluntad de los hombres; tú la mano
que nos veda los frutos de los árboles;
yo la boca insaciable que los prueba
y la gran tentación que los reparte.

Razón, diosa Razón — Yo soy la sangre!
¿Entiendes bien? — Las llamaradas rojas,
las encendidas rosas de los huertos,
las granadas abiertas y las nubes
que reciben al sol, guerrero herido,
en los rojos países del ocaso,
son, á mi lado, pálidas; yo tengo
mi color propio; el más intenso y fuerte
de todos los colores! — Escondida
en las calientes venas me deslizo
como por cauce estrecho los torrentes;
doy salud; doy placer; entre mis ondas
tienen su nacimiento los deseos
y el amor es mi obra.

¡Con qué lujo
de púrpura imperial subo á las claras
mejillas de las jóvenes doncellas
cuando, bajo la luz de un cielo alegre,
tropiezan con el hombre que las ama!
Yo, en el fondo de todo, lo combino
y lo armonizo todo.

Soy la amiga,
la roja hermana de los vinos rojos
y unidos ambos, si el placer nos une,
te hemos vencido, á veces, noble diosa,
intangible Razón; como los niños
alegres, pequeñuelos, alocados,
vencen á los ancianos respetables
y en torno suyo danzan, dando al viento
canciones sin sentido.—

Los humanos,
que, á veces no te escuchan, no se niegan
jamás á mis mandatos: Yo soy ellos;
yo soy su sangre ¿entiendes bien? — Si quieren
vencer, se abren el pecho y sobre el suelo
seco y estéril, en caliente chorro
dejan que caiga yo. Son los instantes
que ellos llaman de lucha; que yo llamo
de libertad y de victoria; entonces
el suelo me recibe; el viento, hinchándose,
procura recogerme; las semillas
se estremecen sintiendo que las moja
mi caliente bautismo. ¡Gloria, gloria
que ha corrido la sangre y sobre el mundo
se extiende la alegría, que sucede
á una lluvia abundante en los sembrados!

¡Oh sublime razón! Yo te respeto:
yo casi te obedezco; no te irrites
si, á veces, me rebelo; yo soy joven
y, además, ¡soy la sangre! Lo que puede
vivir; tan bien! sin tí, sobre la tierra.
Tú no; pobre razón, majestad seria,
tú no, razón; sin mí te encontrarías
como rosa sin tallo; sola, triste
como Dios, si los hombres no vivieran.





Las Nieblas

¡ Oh, venid — dicen las desnudas rocas —
venid, caricias del inmenso espacio ;
venid para envolver en vuestros sueños
la inmóvil rigidez de nuestros picos.
Nieblas, azules nieblas, ¡ que no cese
de empujaros el viento ! Haced camino
y sobre nuestras frentes extendeos
con el vago temblor de los deseos !

¡ Oh, venid — dicen los cansados hombres —
venid caricias del inmenso Espíritu ;
venid para envolver en vuestras nieblas
la inmóvil rigidez de nuestras almas.
Sueños, azules sueños, ¡ qué no deje
de engendraros la Vida ! Haced camino
y marcad sin cesar vuestras pisadas
con un temblor de nieblas azuladas !

¡ Brotad, en profusión, de lo más hondo
de los húmedos valles y del quieto
silencio de las cumbres solitarias ;
de los grandes dolores y del claro

pais de la Alegría : nieblas, sueños,
¡ creced, multiplicaos sobre el mundo
y más allá de los lejanos montes
ensanchad y poblad los horizontes !

¡ Oh, venid nieblas, como el alma errante
de mundos que ya han sido, á visitarnos !
¡ Venid — tal vez — como el contorno vago
de mundos que serán, á prevenirnos !
¡ Venid, dudas del aire, y de vosotras
brotará la Verdad ! Venid, fantasmas,
y al hombre engendraréis ! Venid, visiones,
y nacerán las nuevas religiones !

La gran monotomía del camino
aborta en espejismos : ¡ nieblas, sueños !
¡ Venid á ser nuestra mansión querida
y el campo del Espíritu ! Vosotras
traéis las tempestades y los claros
rayos de sol ; la luz y las tinieblas :
sois la promesa ni un instante rota —
la profecía que jamás se agota.

¡ Pasad, pasad, que todos mis deseos
duermen en vuestros brazos ; vuestras líneas
tienen todas las gracias que codicio ;
y en vuestra ondulación no interrumpida,
aprende su compás la misteriosa
música de mi Espíritu ! ¡ Extendeos
como una aspiración ! ¡ Reconcentraos
como de un mundo nuevo el nuevo Caos !

Tenéis la animación de los combates
y el alado variar de las caricias ;

no la quietud real de un país muerto
 ni la gran seriedad de un amor triste.
 ¡ Amigas, hijas, adoradas mías,
 pasad, vibrad ; como agua ; como música !
 ¡ Sueños del aire, nieblas azuladas !
 ¿ Conocéis los palacios de las hadas ?



La Corona

¡ Salud, pequeña cúpula de un templo
 que acaba de arruinarse, negra línea
 que todo lo limita, aro de hierro
 que comprime el cerebro de los reyes
 y muerde los tobillos del esclavo !
 ¡ Salud, corona ; cardo que requiere,
 para echar sus raíces, una tierra
 seca y estéril !



El león de los bosques hace alarde
 de su melena cuyos amplios rizos
 parecen llamas y, á merced del viento,
 simulan tempestades de relámpagos ;
 el ciervo cubre su cabeza airosa
 con los ramosos cuernos que su mismo
 vigor retuerce, y en su frente, ponen
 musgo las rocas !



Tú empero, hombre pequeño, descendiente
y genitor de reyes, es preciso
que comprimas la sangre de tus venas
con el aro brillante; es necesario
que protejas tu frente artificiosa,
contra el libre contacto de los aires
que dan malos consejos. ¡Salve ricas,
frías coronas!

El Sol no quemará vuestras cabezas
bajo ese casco sin penacho airoso;
y seréis como tierra que, á la sombra
de un murallón, no da cosecha: en vano
vuestras ideas hervirán, debajo
de ese gorro mohoso: darán gritos
como gallinas en corral estrecho
y, á picotazos, dejarán sus crestas
rojas de sangre.

¡Pobres ideas vuestras, condenadas
á una cárcel sin luz, como capullos
que nunca han de estallar! — No les es dado
asomar las cabezas anhelantes
y derramar los ojos por el campo
pletórico de mieses — sacerdotes
de una doctrina muerta, ya no pueden
cambiar de ritos!

¡Oh, necios coronados! ¡oh, fastuosas
estatuítas de sal! ¡oh, frases hechas,
y palacios de bóveda cerrada!

Sois como pedestales — sin arterias,
sin músculos, ni fuerza destinados
á sostener una reliquia! — ¡Oh, fábula
del asno fatuo! ¡oh, reina de las fábulas!
— ¡Lloradla, Reyes!

¡Llorad, pidiendo Libertad al mundo!
— Yo he pensado en vosotros, yo os he visto
como turba de esclavos, amarrados
á una enorme cadena — y las coronas
son eslabones de ella, — y yo he venido
á derribar las puertas de la cárcel,
donde estáis encerrados: vuestros súbditos
siguen mis pasos.

¡En marcha!... Todas las doncellas pueden
amaros libremente y ya, desnuda
vuestra cabeza, no herirá los senos
blancos, donde descansa. — ¡En marcha, reyes!
¡Ya volvéis á ser hombres! Ya sois dueños
de pisar todos los caminos. ¡Salve!
como una ancianidad vuestra corona
ha desaparecido y — nuevamente —
¡ todos sois jóvenes!

Pueblo — bufón consciente, hombre sincero,
vuelve á coger con tus sagradas manos
ese gorro molesto y contra el suelo

arrójaló riendo y luego canta
de alegría por él y por su dueño!
— ¡La Tierra olvida siempre! — Es muy posible,
andando el tiempo, si las lluvias crecen
y el polvo del camino la recubre,
que sobre esa corona despreciable,
broten, como una redención, las yerbas!



Navidad

¡ Nacer! Quiero nacer
como el rubio Jesús de los cristianos;
en medio del Invierno
sobre la nieve estéril de los campos.

¡ Nacer! Quiero nacer
entre los bueyes; de mirar pacífico,
que viven satisfechos
rumiando, en calma, los pasados siglos.

¡ Nacer! Quiero nacer
bajo el aliento de los viejos asnos,
con sonrisas de niño,
con resplandor profético en los labios.

¡ Nacer! Quiero nacer
rompiendo las tinieblas de la noche
con la estrella de gracia
que ilumina á los tímidos pastores.

¡ Nacer! Quiero nacer
porque deseo que apremiados vengan
á doblar ante mí su frente calva
los ridículos reyes de la tierra.